

HOMILÍA DOMINGO DE LA SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS - 2015

Celebramos hoy el Día de Pentecostés, en el que se concluyen los cincuenta días de la Pascua y se conmemoran, junto con la efusión del Espíritu Santo sobre los discípulos en Jerusalén, los orígenes de la Iglesia y el inicio de la misión apostólica a todas las tribus, lenguas, pueblos y naciones (elog. del Martirologio Romano).

La solemnidad de Pentecostés corona los cincuenta días de la fiesta de la Pascua. Es la plenitud de la Pascua.

I.- LAS LECTURAS

*** Libro de los Hechos de los Apóstoles 2, 1-11.** Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en diversas lenguas. El Espíritu Santo estuvo presente en el comienzo de la vida pública de Jesús, y también en el inicio de la actividad misionera de la Iglesia.

*** Salmo Responsorial 103.** “Envía, Señor, tu Espíritu y repuebla la faz de la tierra”. Ven, Espíritu Santo, llena con tu gracia los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor”. ¡Ven a nuestros pueblos, ciudades y familias, y danos la paz ¡Danos, Señor, el don del Espíritu Santo! Te esperamos, ¡dulce huésped del alma, consolador de tantas angustias y pesares!.

*** Primera carta de San Pablo a los Corintios 12, 3b-7. 12-13.** Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo. El Espíritu se da a la Iglesia en multiplicidad de dones, carismas y gracias.

*** Secuencia** ¡Ven, Espíritu Santo! y envía desde el cielo un rayo de vuestra luz.

“Lava lo que está sucio”: faltas, pecados, infidelidades...

“Riega lo que está seco”: sequedad espiritual, rutinas...

“Sana lo que está enfermo”: enfermedades, indiferencias...

*** Evangelio según san Juan 20, 19-23.** Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Recibid el Espíritu Santo. Jesús había prometido a sus apóstoles el Espíritu Santo, y hoy cumple su promesa. Con los dones del Espíritu la Iglesia lucha contra el mal y se convierte en fuerza viva y liberadora.

II.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- El Espíritu Santo, manantial de santidad

San Pablo manifiesta que Dios nos eligió desde toda la eternidad para que fuéramos santos e irreprochables en el amor (cf. Ef.1,1ss). Este es el designio de Dios para todos: ser santo y perfecto.

La santidad cristiana tiene una doble dimensión:

A.- Ontológica. La santidad cristiana es ante todo participación en la misma vida de Dios, “el Tres veces Santo”. Por el Bautismo hemos renacido a la vida de Dios; por nuestra unión con Cristo, su vida divina es participada por nosotros en lo que es posible a la creatura humana. Que podamos decir un día como San Pablo: “vivo yo, pero no soy yo es Cristo quien vive” (Gál.2,20); y que hagamos realidad en nosotros aquella invitación que nos hizo el mismo Pablo: “tened en vosotros los mismos sentimientos que tuvo Jesús” (Fil.2,5). “Andad según el Espíritu y no realicéis los deseos de la carne”. “Si vivimos por el Espíritu, marcharemos tras el Espíritu”.

B.- Ética. La santidad cristiana tiene también una dimensión ética, pues el Dios Santo está cerca del hombre hasta el punto de decir: “he visto la opresión de mi pueblo en Egipto; he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos” (Ex.3,7). Y prosigue: “He decidido sacaros de la opresión y llevaros a una tierra libre” (Ex.3,17). Por eso la santidad del cristiano ha de incluir la promoción de la justicia, de la paz, de la libertad, de la solidaridad y ha de construir relaciones humanas que impidan la violencia, la injusticia, la exclusión... “El fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, comprensión, servicialidad, bondad, lealtad, amabilidad, dominio de sí”.

El Sínodo de Obispos de 1972 decía: “hoy la santidad no es posible sin un compromiso por la justicia, sin una solidaridad con los pobres y oprimidos” (Mensaje de los padres sinodales al pueblo de Dios).

2.- El Espíritu Santo, fuente de comunión fraterna

Una segunda experiencia del Espíritu Santo que debemos hacer es esta: el Espíritu Santo es fuente de comunión. “Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo Cuerpo” (ICort.12,13).

El acontecimiento de Pentecostés hizo posible que hombres y mujeres de lenguas y culturas distintas pudieran entenderse y comprenderse...La diversidad de pueblos no es un obstáculo, sino una riqueza para todos. Es todo lo contrario de la Torre de Babel donde nadie se entendía y cada uno tomó su camino y senda, dispersándose por el mundo.

Ante nuestras divisiones, enfrentamientos, egoísmos... volvamos nuestra mente y nuestro corazón al Espíritu para que nos conceda la gracia de la comunión, de la unidad... De esta manera ya no viviremos ni trabajaremos de espaldas unos a otros, no caeremos en “la globalización de la indiferencia” (Papa Francisco) ante el dolor y el sufrimiento de tantos seres humanos.... Dejémonos llevar y guiar por el Espíritu y así formaremos un pueblo unido, una comunidad unida.

Cuando nos encerramos en nosotros mismos, huyendo de los demás, nos vamos endureciendo en nuestros criterios y formas de pensar, quedándonos solos con nuestra soledad y empobreciéndonos cada día más.

Tendamos puentes de encuentro, de entendimiento...entre todos para que nadie sea excluido ni desechado, ni esté abandonado...No despreciemos ni excluyamos a nadie.

Así como el Señor nos acoge, nos perdona, nos abraza a todos y a cada uno, así también nosotros debemos acogernos y perdonarnos unos a otros y a todos. Que nadie se vaya de nosotros, ni de ti, con la sensación o la certeza de que no ha sido acogido, ni escuchado, ni tenido en cuenta por ti...

3.- El Espíritu Santo nos impulsa a la misión

Una tercera experiencia del Espíritu Santo que también debemos realizar en este día y siempre es esta: el Espíritu Santo es manantial de la misión. Los Apóstoles estaban reunidos con la Virgen María en el Cenáculo de Jerusalén, esperando la venida del Espíritu Santo, como les había dicho Jesús antes de subir a los cielos.

Cuando el Espíritu Santo llena e inunda a los apóstoles, estos se levantan y salen a las calles y plazas de Jerusalén, a los pueblos y naciones a anunciar a Jesucristo y a predicar el Evangelio. ¡Una maravilla de Dios!

“La Iglesia existe para evangelizar”. Tomemos una vez más conciencia de que **la evangelización no es algo añadido a la Iglesia sino que pertenece a su entraña, a su esencia...** Por eso debemos revitalizar y reavivar la misión de la Iglesia con nuevo interés, con nuevo entusiasmo, con nueva ilusión.

Todos los bautizados hemos de colaborar en la hermosa tarea de la evangelización con el don, gracia o ministerio que cada uno haya recibido del Espíritu Santo, y siempre en comunión eclesial y fraterna.

Es necesario contar con planes pastorales, con proyectos para la evangelización del hombre de nuestro tiempo.

Recordemos siempre estas enseñanzas del Beato Pablo VI:

* “Gracias al apoyo del Espíritu Santo, la Iglesia crece”. Él es el alma de esta Iglesia. Él es quien explica a los fieles el sentido profundo de las enseñanzas de Jesús y su misterio. Él es quien, hoy igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y

conducir por Él, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podría hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla abierta y acogedora de la Buena Nueva y del reino anunciado (...) **“El Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización:** Él es quien impulsa a cada uno a anunciar el Evangelio y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvación” (EN 75).

4- Una llamada especial a los fieles laicos

Hacemos una llamada especial a los laicos cristianos: “Debemos tomar plena conciencia de **la urgencia evangelizadora** ante la que nos encontramos y del **papel de los laicos en la misma**, y pedir al Señor que sople su aliento sobre nosotros y nos confiera la sabiduría, la fortaleza, la alegría, la paz, la generosidad y la valentía necesarias para poder **anunciar la presencia salvadora del Resucitado entre nosotros**” (Obispos de la CEAS de la CEE).

Recordemos una vez más que lo específico de la participación de los fieles laicos en la evangelización consiste en hacer brillar la fuerza del Evangelio en la vida cotidiana, en la vida familiar y social.

No olvidemos además que su capacidad y responsabilidad evangelizadora no deriva de la escasez de sacerdotes ni de la delegación por la jerarquía sino de Cristo, ya que les ha sido comunicada por medio de los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, como lo enseña el Concilio Vaticano II: “los cristianos seculares obtienen el derecho y la obligación del apostolado por su unión con Cristo Cabeza, ya que, insertos por el bautismo en el Cuerpo místico de Cristo, robustecidos por la confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, son destinados al apostolado por el mismo Señor...” (AA 3).

5.- El XIV Sínodo Diocesano

Recordemos **el lema** de nuestro XIV Sínodo Diocesano:

“Nueva etapa evangelizadora” (EG,1)

Caminar juntos con Cristo para:

*** Buscar**

*** Renovar y**

*** Fortalecer la fe”.**

PARTICIPEMOS

Es necesario ir realizando con la ayuda del Señor y la fuerza del Espíritu Santo el contenido de este lema con el fin de potenciar y renovar la fe de los creyentes, así como también para transmitir la fe a los que no creen, a los que han perdido la fe que profesaron en otro tiempo, a los que se han alejado de la Iglesia, de los sacramentos...

III.- DE LA PALABRA A LA EUCARISTÍA

Los dones del pan y el vino son transformados en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo por las palabras de la consagración llenas de la virtud del Espíritu Santo. Por eso el sacerdote pide al Señor: “Santo eres en verdad Señor, fuente de toda santidad; por eso te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu Espíritu, de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor” (Plegaria Eucarística II)..

IV.- DE LA EUCARISTÍA A LA MISIÓN

Hemos comulgado con el Cuerpo y la Sangre del Señor. Hemos sido fortalecidos con la virtud del Espíritu Santo. Ahora debemos ir al mundo, a nuestra ciudad, a nuestra familia...para anunciar aquí a Jesucristo, para proclamar el Evangelio con palabras y obras...

Quienes hemos participado en esta celebración, debemos llevar a Jesucristo, el único Salvador, a los diversos ámbitos y ambientes donde se desarrolla nuestra vida.

Que nuestra palabra y nuestro testimonio inviten a todos a abrirse constantemente al don del Espíritu Santo, que el Padre nos regala por Cristo.

En este tiempo sinodal en que vivimos, permitidme que:

Invite a todos los Consagrados a participar en la nueva evangelización.

Llame a los Religiosos a participar en la realización de la nueva evangelización.

Ruegue a los miembros de Acción Católica y del Apostolado Laical en nuestras diócesis, en nuestras parroquias...a que promuevan el apostolado para gloria del Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo.

Participemos todos en las tareas del Sínodo Diocesano en esta etapa sinodal en que nos encontramos.

Que la Stma Virgen María interceda por todos.

Terminamos. Unidos en la oración

Cáceres. 18 de mayo de 2015

Florentino Muñoz Muñoz

DÍA DE LA ACCIÓN CATÓLICA Y DEL APOSTOLADO SEGLAR

Familia cristiana, apóstoles en el mundo

**Comisión Episcopal de Apostolado Seglar (CEAS) con motivo del Día
de la Acción Católica y del Apostolado Seglar**

Solemnidad de Pentecostés, 24 de mayo de 2015

El anuncio del Evangelio de la familia constituye una urgencia para la nueva evangelización como nos recuerdan los padres sinodales (n. 29). Esta tarea es responsabilidad de todo el Pueblo de Dios. En el seno de la Iglesia existen diversas vocaciones, carismas, ministerios, condiciones de vida y responsabilidades que se complementan. Como nos propone la exhortación *Christifideles laici*, gracias a esa diversidad y complementariedad, cada fiel laico está en disposición de ofrecerle su propia aportación¹. Toda vocación cristiana es, pues, una vocación al apostolado, a la misión. El matrimonio que funda la familia, es una vocación a la que Dios llama como camino de seguimiento y santidad, haciendo así de la familia lugar y fuente de evangelización, por ser vocación cristiana.

La familia debe tomar conciencia gozosa de su misión en la Iglesia, para ello hay que proponer caminos que permitan a la familia alcanzar su plenitud de vida humana y cristiana². A esta apasionante tarea estamos llamados todos los que formamos parte de la Iglesia, asumiendo cada uno su papel. Esto conlleva alumbrar un cambio que permita transformar la pasividad en protagonismo, animando a la familia a asumir su misión evangelizadora³. Ello pasa porque los cónyuges, y toda la familia, asuman la responsabilidad

1 Juan Pablo II, *Christifideles laici*, n. 20.

2 DPF n. 3; cf. FSVES n. 177.

3 Cf. *Relatio Synodi*, n. 30.

que les viene conferida por su pertenencia a la Iglesia a través del bautismo y concretada de una forma especial por la gracia sacramental del matrimonio. Para conseguir este objetivo, toda la comunidad eclesial debe alentar a las familias a descubrir el plan que Dios ha establecido para ellas y ayudarles a conseguir que se convierta en realidad.

La familia se enfrenta hoy a un gran cambio social que repercute profunda y agresivamente en ella. «La familia atraviesa una crisis cultural profunda, como todas las comunidades y vínculos sociales. En el caso de la familia, la fragilidad de los vínculos se vuelve especialmente grave porque se trata de la célula básica de la sociedad, el lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros, y donde los padres transmiten la fe a sus hijos. El matrimonio tiende a ser visto como una mera forma de gratificación afectiva que puede constituirse de cualquier manera y modificarse de acuerdo con la sensibilidad de cada uno»⁴. Existen, además, los grandes problemas sociales que asolan a tantas familias (paro, vivienda, seguridad, emigración, droga...).

En este contexto hay que ayudar a la familia cristiana a redescubrirse siendo ella misma, con todo el potencial misionero que tiene. Nacida del amor, la familia recibe la *misión* de «custodiar, revelar y comunicar el amor»⁵. La familia cristiana, reunida por el Señor a través del sacramento del matrimonio, es una verdadera «*iglesia doméstica*», una imagen viva y una representación histórica del misterio mismo de la Iglesia. Lo propio y original de esta «*iglesia doméstica*», lo que la distingue de las otras manifestaciones de la Iglesia de Cristo, es su condición de comunidad de vida y amor. En ella la comunión que crea el Espíritu, se expresa y realiza en la íntima y total unión de los esposos, como unión de cuerpos, de sentimientos

4 Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 66.

5 Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 22.
Mensaje de los obispos

y de voluntades, como entrega y aceptación mutua y generosa de todo lo que constituye a las personas que la integran. De manera que el amor y la vida son, al mismo tiempo, gracia que la familia recibe de Dios y testimonio que ella transmite para renovación de la humanidad.

Una tarea fundamental para la familia es la construcción responsable y generosa de la comunión de personas. Esa comunión es parte de la misión encomendada a la «iglesia doméstica». Por eso los cónyuges deben trabajar para construir esa comunión íntima que implica la donación personal y total, la unidad, la fidelidad y el valor de la indisolubilidad. Esta comunión se extiende a los demás miembros de la familia recibidos con generosidad, como signo de sentirse copartícipes de la obra creadora de Dios. Así todos ellos cumplen su misión dentro de la Iglesia confirmando y perfeccionando la comunión familiar. La oración compartida en el seno de la familia ayuda a construir esa comunión. Asumiendo esta tarea la familia descubre el gozo de la búsqueda común de la plenitud y se convierte en Buena Noticia para las demás familias.

Todo ello viene marcado por el sacramento del matrimonio que da comienzo a un apostolado especial, que hace partícipe a la familia de la misma misión de Cristo. Caer en la cuenta de esto es fundamental para asumir su propia misión eclesial. Esta debe asociarse a la acción de la Iglesia, por ser parte de la Iglesia; debe hacerlo de una forma especial, conforme el sacramento recibido y en las circunstancias que la vida familiar le ofrece. La familia se convierte entonces en sujeto activo de evangelización, no por un encargo recibido o una delegación, sino por su propio ser, la vida misma de las familias. Se constituye en vida de la Iglesia misma y por ello, construyéndose como familia cristiana, realiza en la historia la misión sacerdotal, profética y real conferida por Cristo y la Iglesia.

En la concreción de esta triple misión, que la convierte en auténtica familia misionera, la familia deberá ser fiel a sí misma, testimoniando de modo silencioso una vida vivida en Cristo. La familia cristiana, conforme va madurando en la fe, debe ser cada vez más consciente de que es necesaria su participación en el anuncio explícito de Jesucristo⁶, convirtiéndose en sujeto activo de la pastoral familiar (cf. Sínodo, n. 30). Este anuncio debe llegar a los alejados, las familias que no creen todavía y a las familias cristianas que no viven coherentemente la fe recibida⁷. Es entonces cuando tomamos conciencia, se descubre que la familia necesita una continua evangelización para llegar a ser comunidad evangelizadora y poder cumplir su misión en la Iglesia y en el mundo. Ahí es donde se concreta la vocación de los cónyuges: ser, entre ellos y para los hijos, testigos del amor de Cristo. Ese testimonio debe llegar también a la sociedad.

La familia cristiana está también llamada por Cristo a servir al Reino de Dios y a difundirlo en la historia. Es parte de su misión. La familia cristiana no debe vivir replegada egoístamente sobre sí misma sino que ha de vivir encarnada en la sociedad y la ilumina y enriquece por los valores compartidos y experimentados en el seno familiar. El fundamento del amor orienta en la comunidad de personas a un reconocimiento profundo de la dignidad y vocación de todos los que la constituyen y, consiguientemente, al reconocimiento y promoción de sus derechos. Esta tarea es una de las manifestaciones del protagonismo de la familia en la misión de la Iglesia y contagia a la función de la familia en la construcción de la sociedad.

Las familias deben estar siempre al servicio de todos sus miembros, especialmente de los niños, los enfermos y los más ancianos, que son los más vulnerables. Este servicio crea una sensibilidad nueva, pues ayuda a valorar a todos, no por lo que tienen o por lo

6 Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 22.

7 Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 54.

Mensaje de los obispos

que aportan, sino por lo que son. Servir al evangelio de la familia y de la vida implica además el servicio a las otras familias y, sobre todo, a las familias necesitadas.

Queridos laicos y queridas familias: en este año los obispos de la CEAS, siguiendo la estela de trabajo y reflexión a la que nos convocan los actuales Sínodos de los Obispos, os animamos a redescubrir la gran fuerza evangelizadora que tiene la familia cristiana y a ponerla al servicio de la Iglesia y de la sociedad.

- ✠ Javier Salinas Viñals, obispo de Mallorca, Presidente
- ✠ Mario Iceta Gavicagogeascoa, obispo de Bilbao, Vicepresidente ✠
Juan Antonio ReigPlá, obispo de Alcalá de Henares
- ✠ Carlos Manuel Escribano Subías, obispo de Teruel y Albarracín
- ✠ Antonio Algora Hernando, obispo de Ciudad Real
- ✠ Francisco Cases Andreu, obispo de Canarias
- ✠ Francisco Gil Hellín, arzobispo de Burgos
- ✠ Xavier Novell Gomà, obispo de Solsona
- ✠ José Mazuelos Pérez, obispo de Jerez de la Frontera
- ✠ Ángel Rubio Castro, obispo, emérito, de Segovia
- ✠ Gerardo Melgar Viciosa, obispo de Osma-Soria
- ✠ Juan Antonio Aznárez Cobo, obispo auxiliar de Pamplona y Tudela

MENSAJE DE LA XXXV ASAMBLEA GENERAL

ORDINARIA DEL CONSEJO EPISCOPAL

LATINOAMERICANO (CELAM)

Santo Domingo (República Dominicana), 12 a 15 de mayo de 2015

A los obispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos y laicas del pueblo católico que peregrina como Iglesia en América Latina y El Caribe:

1. Reunidos para celebrar la XXXV Asamblea General Ordinaria del Consejo Episcopal Latinoamericano y de El Caribe (CELAM), en la ciudad de Santo Domingo, los días 12 al 15 de mayo de 2015, les enviamos nuestro saludo con la alegría que brota de la Palabra de vida que se nos ha manifestado (Cf. 1Juan 1,1).

2. La conmemoración de los 50 años de la clausura del Concilio Vaticano II, los 60 años de existencia del CELAM, la cercana beatificación de Mons. Oscar Arnulfo Romero y de tres presbíteros misioneros que dieron su vida martirialmente en América Latina: Michele Tomaszek, Zbigneo Strzalkowski y Alessandro Dordi; así como la expectativa ante la próxima visita del Papa Francisco a nuestro continente, constituyen el contexto propicio para asumir con gratitud y esperanza los nuevos retos que se plantean a nuestras iglesias particulares.

3. La experiencia fraterna vivida durante estos días nos ha permitido, como discípulos-pastores, compartir una misma fe y un mismo sentir en el firme compromiso de anunciar a Jesucristo vivo y misericordioso. Así lo refleja nuestro caminar eclesial de los últimos cuatro años y así lo testimoniamos con la disponibilidad para servir en comunión.

4. Nuestro corazón ha acogido la Palabra de Dios y hemos celebrado la Eucaristía, como fuentes que animan toda nuestra reflexión pastoral sobre la realidad y nos permite discernir y obrar en sintonía con el plan de Dios. La Palabra la hemos recibido en la nueva traducción del CELAM: El Nuevo Testamento de la «Biblia de la Iglesia en América» (BIA). Ella resonó con fuerza y audacia para recordarnos la urgencia de animar una cultura del encuentro, que haga patente la presencia encarnada del Dios que es misterio de comunión (Cf. Evangelii Gaudium 220). Esa misma Palabra

nos consuela y nos hace decirles que no están solos, que caminamos como pastores con ustedes, compartiendo sus alegrías y tristezas.

5. Hemos agradecido el servicio de la presidencia y equipo de directivos del cuatrienio 2011 - 2015, y, con un mismo espíritu, hemos elegido a algunos de nuestros hermanos obispos para que con generosidad e intrepidez asuman la tarea de dirigir el CELAM anunciando el Evangelio y viviendo en comunión eclesial durante los próximos cuatro años 2015 - 2019.

6. En estos días, sintiendo la fe y la oración solidaria de nuestras hermanas y hermanos latinoamericanos y caribeños, identificamos los grandes desafíos que interpelan nuestro peregrinar y los hemos propuesto como tarea del CELAM en el nuevo período que comienza. En particular, continuaremos apoyando con renovado esfuerzo la Misión Continental y seguiremos invitando a todas las iglesias particulares a vivir una auténtica «conversión misionera» (Cf. EG 30).

A la luz del Concilio Vaticano II, de Aparecida y del magisterio del primer Papa latinoamericano, queremos ser, cada vez más,

*** Una Iglesia, que como Pueblo de Dios, es misionera, misericordiosa y samaritana (Cf. EG 114).**

*** Una Iglesia urgida a ser «tienda de campaña» que acoge y sirve a todos los que la sociedad descarta y desecha (Cf. EG 195).**

*** Una «Iglesia en salida», centrada en Cristo y descentrada para ir al encuentro de las periferias (EG 20).**

*** Una Iglesia fiel a su misión, que colabora con las personas de buena voluntad en la construcción de una sociedad más justa y solidaria.**

7. Expresando de forma concreta esta colaboración, hemos acogido y respaldado con esperanza la creación de la Red Eclesial Pan-Amazónica (REPAM) para responder de manera eficaz y orgánica a los desafíos de la Amazonía, «fuente de vida en el corazón de la Iglesia». Esto nos alienta a «crear conciencia en las Américas de la importancia de la Amazonía para

toda la humanidad» (Aparecida 475) y a asumir juntos la responsabilidad por la misión eclesial en la región.

8. Invitamos a todos a fortalecer nuestro sentido de pertenencia al CELAM y a valorar aún más su identidad y misión. Reconocemos en él un verdadero don de Dios y un patrimonio eclesial. La mejor manera de agradecer estos 60 años de camino es acoger el servicio de comunión que promueve, el magisterio que ha ofrecido y las experiencias pastorales que impulsa.

9. Mantengámonos en la fecunda experiencia misionera que ha suscitado la V Conferencia del episcopado latinoamericano y caribeño de Aparecida. Renovemos nuestro empeño por llevar a otros al encuentro con Jesucristo y acompañemos estos procesos discipulares portadores de esperanza para la sociedad.

10. En cada uno de nuestros países la Virgen María acompaña y sostiene el camino de los discípulos misioneros de Jesús. A Nuestra Señora de la Altagracia, madre del pueblo dominicano, le encomendamos con gratitud la vida de la Iglesia que nos ha acogido en estos días con tanta generosidad, y le confiamos también el futuro de nuestras comunidades para que sean, como ella, bienaventuradas porque han creído (Cf. Lucas 1,45).

Santo Domingo, 15 de mayo de 2015.

Emmo. Sr. Cardenal Rubén Salazar Gómez
Arzobispo de Bogotá, Colombia
Presidente